

DE INTERÉS ACTUAL

La compañía dejará de existir a menos que...

Robert P. Maloney, C.M.

Los fundadores, en la medida en que envejecen, con frecuencia se angustian sobre las comunidades que han engendrado. Como todo padre de familia, se angustian sobre el crecimiento y la educación de sus hijos, sus amistades, y su estabilidad futura. Frecuentemente, después de un inicio carismático y no muy estructurado, ellos u otros comienzan a formular reglas que guíen la vida de los miembros y establezcan el marco para la escogencia de apóstolados en el futuro¹. Con frecuencia ellos sugieren quien podría ser su sucesor, sabiendo que el periodo inmediatamente siguiente después de su muerte sería un tiempo crucial de transición. En el caso de las Hijas de la Caridad, uno casi que podría sonreírse al respecto.

Aunque San Vicente había establecido que las sucesoras de Luisa de Marillac serían elegidas, ¡decidió nombrar la primera él mismo! Mientras que estaba a menos de dos semanas de su propia muerte cuando Margarita Chétif fue instalada como Madre General el 15 de Septiembre de 1660, todavía debía haber estado muy alerta. Le dijo a Juan Dehorgny que, cuando el anuncio se hiciera, debía mantener su vista en las caras de las candidatas obvias para ver sus reacciones. Vicente sintió que algunas de ellas deseaban demasiado ese nombramiento².

Vicente también estaba muy preocupado por proveer una futura estabilidad económica de las congregaciones que él y Luisa de Marillac habían iniciado, y fue muy astuto en realizarlo. Él y Luisa consistentemente establecieron fundaciones para apoyar las casas y trabajos de

¹ Vicente no completó las Reglas Comunes de la Misión hasta 1658. "Aquí finalmente están las Reglas o Constituciones Comunes de nuestra Congregación...", escribió en la carta de introducción a las Reglas. "Han pasado 33 años desde que se fundó nuestra Congregación...". Nunca completó las Reglas de las Hijas de la Caridad. Estas fueron aprobadas finalmente en 1672, cuando René Alméras era Superior General y Mathurine Guérin era Madre General. Mathurine Guérin tuvo una gran influencia en el espíritu, vida y trabajos de la Compañía. Sus siete periodos como Madre General, estuvieron esparcidos por más de tres décadas, totalizaron 21 años.

² SV XIII, 181. Cf. MATTHIEU BREJON DE LAVERGNÉE, *Histoire de Filles de la Charité* (Fayard: Paris, 2011) 261.

la Congregación de la Misión y Las Hijas de la Caridad. De hecho, ambas congregaciones, en lo económico, eran instituciones remarcablemente estables al momento de las muertes de los dos fundadores.

Pero, el liderazgo futuro y la estabilidad económica no eran las preocupaciones principales de Vicente. Se preocupaba más que nada por la profundidad espiritual de sus miembros. Durante su vida, trabajó duro en la formación permanente de los miembros de sus comunidades, dando conferencias semana tras semana tanto a los Vicentinos como a las Hijas de la Caridad³. En las conferencias de sus últimos años, quedan muy evidentes algunas de las preocupaciones de Vicente. ¿Serán profundamente espirituales los miembros de la Congregación? ¿Serán fieles al servicio a los pobres que tanto enfatizaron Vicente y Luisa?

Una de las expresiones que más llaman la atención de la ansiedad de Vicente ocurrió durante la Repetición de Oración del 30 de agosto de 1657. Describió su temor sobre lo que podría suceder a la misión en Madagascar después de su muerte. Casi todos los que Vicente había enviado allá habían muerto. Él amaba profundamente la misión, pero sabía que la Congregación estaría tentada a abandonarla tan pronto como él no estuviera a cargo. Habló con gran fuerza al respecto:

Quizás diga alguno de esta Compañía que es preciso dejar Madagascar; es la carne y la sangre los que así hablan, diciendo que no hay que enviar allí a nadie; pero yo estoy seguro de que el espíritu habla de otro modo. ¿Pues qué, padres? ¿Dejaremos allí completamente solo a nuestro buen padre Bourdaise? Estoy seguro de que la muerte de estos padres extrañará a algunos. Dios sacó de Egipto a seiscientos mil hombres, sin contar las mujeres y los niños, para llevarlos a la tierra prometida; pero de todo aquel número entraron solamente dos; ni siquiera entró Moisés, el conductor de todos ellos. Dios llamó a nuestros hermanos a aquel país, pero he aquí que algunos murieron por el camino, y los otros apenas llegaron. Padres, ante esto es preciso bajar la cabeza y adorar los designios admirables e incomprensibles de nuestro Señor.

Padres y hermanos míos, después de saber esto, ¿será posible que seamos tan cobardes de corazón y tan poco hombres que abandonemos esta viña del Señor, a la que nos ha llamado su divina Majestad, solamente porque han muerto allí cuatro o cinco o seis personas? Decidme, ¿sería un buen ejército aquel que, por haber perdido dos mil o tres mil o cinco mil hombres (como se dice que pasó en el último ataque de Normandía) lo abandonase todo? ¡Bonito sería ver un ejército de ese

³ También le dio frecuentes conferencias a las monjas de la Visitación, a quienes Francisco de Sales había puesto a su cuidado. Desafortunadamente, ninguna de estas se conservan.

calibre, huidizo y comodón! Pues lo mismo hemos de decir de la Misión: ¡bonita compañía sería la de la Misión si, por haber tenido cinco o seis bajas, abandonase la obra de Dios! ¡Una compañía cobarde, apegada a la carne y a la sangre!⁴.

¡San Vicente había leído correctamente el pensamiento de sus cohermanos! ¡A pesar de esta petición urgente, su sucesor cerró la misión! ¡La Congregación no regresó a Madagascar hasta 1896!

La preocupación de San Vicente sobre la *espiritualidad* de los miembros de las Familias que había iniciado son igualmente estremeedoras. Pensando en el futuro, frecuentemente les habla de este aspecto o virtud indispensable de su misión, y que sus fundaciones dejarían de existir si los miembros la abandonaran.

Podríamos estar tentados a decir que el lenguaje de San Vicente en estas ocasiones era exagerado y que usaba estas frases fuertes solamente como énfasis retórico. Pero la retórica es reveladora. Nos deja ver lo que el interlocutor considera como extremadamente importante.

Por supuesto que, en un momento despasionado, San Vicente probablemente le habría dicho a sus oyentes – para utilizar la terminología de hoy – que había una “jerarquía de verdades” entre las tantas cosas que describía como indispensables. También habría reconocido que algunos de los ejemplos concretos que utilizó (¡como lo del cabello largo!) eran mucho más condicionados histórica y culturalmente que otros. Ahora mencionaré y reflexionaré desde esta perspectiva sobre seis cosas que San Vicente llamó indispensables. Para citar sus palabras sombrías: si dejamos de hacer estas cosas, *¡au revoir* a la Congregación de la Misión y *au revoir* a las Hijas de la Caridad! Básicamente, sentía que sus fundaciones cesarían si no somos...

1. Fieles a la Misión

La Misión era central para San Vicente. No la vio solo como una actividad de la Iglesia, sino también como esencial a su mismo ser. Describía a Jesús como el Misionero del Padre, viniendo de Dios en misión y regresando a Dios para cumplirla. Llamó a los miembros de las dos Congregaciones que él fundó a compartir en esa misión. Jesús sería su regla. La Misión no era algo añadido en sus vidas; es el corazón de lo que eran como miembros de la Congregación de la Misión o la Compañía de las Hijas de la Caridad.

Así que, desde esa perspectiva, era natural que la fidelidad permanente de sus seguidores a la misión que les había otorgado estaba en la cima de las preocupaciones de Vicente en su vejez. No solamente quería que sus seguidores arriesgaran sus vidas para llevar el evangelio

⁴ SV XI, 296-298.

a lugares lejanos como Madagascar; también estaba ansioso para que continuaran sirviendo a los marginados en casa. Se refiere a este tema con pasión, algunas veces utilizando palabras y gestos dramáticos. Lo que le dice a la Congregación de la Misión es tan tierno que lo citaré en su totalidad⁵:

“Yo no puedo ya durar mucho; pronto tendré que irme; mi edad, mis achaques y las abominaciones de mi vida no permiten que Dios me siga tolerando por mucho tiempo en la tierra. Podría suceder que, después de mi muerte, algunos espíritus de contradicción y comodones dijese: ‘¿Para qué molestarse en cuidar de esos hospitales? ¿Cómo poder atender a esas personas arruinadas por la guerra y para qué ir a buscarlas en sus casas? ¿Por qué cargarse de tantos asuntos y de tantos pobres? ¿Por qué dirigir a las mujeres que atienden a los enfermos y por qué perder el tiempo con los locos?’. Habrá algunos que criticarán esas obras, no lo dudéis; otros dirán que es demasiado ambicioso enviar misioneros a países lejanos, a las Indias, a Berbería. Pero, Dios y Señor mío, ¿no enviaste tú a santo Tomás a las Indias y a los demás apóstoles por toda la tierra? ¿No quisiste que se encargaran del cuidado y dirección de todos los pueblos en general y de muchas personas y familias en particular? No importa; nuestra vocación es: Evangelizare pauperibus.

(Algunos dirán): Deseamos dar misiones aquí; ya hay bastante que hacer, sin ir más lejos; deseo ocuparme en esto; ¡que no me hablen de los niños expósitos, ni de los ancianos del Nombre de Jesús ni de esos presos! – Algún día vendrán esos espíritus mal nacidos que se pondrán a criticar todos los bienes que Dios nos ha hecho abrazar y sostener con tan gran bendición; no lo dudéis...

¿Y quienes serán los que intenten disuadirnos de estos bienes que hemos comenzado? Serán espíritus libertinos, libertinos, libertinos, que sólo piensan en divertirse y, con tal que haya de comer, no se preocupan de nada más. ¿Quiénes más? Serán... Más vale que no lo diga. Serán gentes comodonas (y decía esto cruzando los brazos, imitando a los perezosos), personas que no viven más que en un pequeño círculo, que limitan su visión y sus proyectos a una pequeña circunferencia en la que se encierran como en un punto, sin querer salir de allí; y si les enseñan algo fuera de ella y se acercan para verla, enseguida se vuelven a su centro, lo mismo que los caracoles a su concha”⁶.

⁵ SV XI, 395-397.

⁶ Hablando sobre dar retiros, regresa con gran fuerza al mismo tema, la centralidad de la misión. Cf. SV XI, 711: “Si se le dice a un pobre misionero relajado: ‘Padre, ¿quiere usted dirigir a este ejercitante el retiro?’. esa súplica será para él un infierno; y, si no se excusa, no hará, como se suele decir, más que pasar la escoba; tendrá tantas ganas de pasarlo bien y le costará tanto

2. Fieles a la oración diaria y al levantarse temprano para realizarla

La mayoría de los miembros de la Familia Vicentina están familiarizados con el dicho que San Vicente dijo en relación a la oración: “¡*Dadme un hombre de oración! Esa persona será capaz de todo*”⁷.

Pero hay más en esta cita. Vicente añade “*la Congregación de la Misión durará mientras se practique en ella fielmente el ejercicio de la oración, porque la oración es como un reducto inexpugnable, que pondrá a todos los misioneros al abrigo de cualquier clase de ataques*”⁸. En otras palabras, la Congregación dejará de existir si deja de orar. El énfasis era sobre la oración meditativa. Vicente le pidió a los miembros de sus comunidades sacar una hora diaria para la oración⁹.

Le dio mucha importancia a la práctica de levantarse temprano en la mañana para orar. Le dice a las Hijas de la Caridad: “*Traten de ser muy exactas en esto, Hermanas. Nada es más importante que levantarse a la hora apropiada, porque el resto del día depende de eso*”¹⁰.

En una carta escrita el 15 de enero de 1650 dirigida a los superiores de las casas de la Congregación de la Misión, ofrece una serie de consideraciones humanas y religiosas para reforzar la importancia de levantarse en la mañana. En ese contexto, escribe: “*El comerciante madruga para hacerse rico; todos los instantes son de oro para él. Los ladrones hacen lo mismo y pasan la noche en vela para asaltar a los viandantes... ¡Dios mío! ¡Qué vergüenza para nosotros, si la pereza nos*

quitarle una media hora a su recreo después de comer, y otra media hora después de cenar, que esta hora le resultará insoportable, aunque la dedique a la salvación de un alma y sea la mejor empleada de todo el día. Otros murmurarán de esta tarea con el pretexto de que nos ocasiona muchos gastos y molestias; entonces, los sacerdotes de la Misión, que antes habían dado la vida a los muertos, ya no tendrán más que el nombre y el recuerdo de lo que han sido; no serán más que cadáveres y no verdaderos misioneros; serán esqueletos de San Lázaro y no Lázaros resucitados, y mucho menos hombres que resucitan a los muertos. Esta casa, que ahora es como una piscina salvadora, donde tantos vienen a lavarse, no será más que una cisterna corrompida por el relajamiento y la ociosidad de sus moradores”.

⁷ SV XI, 778.

⁸ SV XI, 778.

⁹ Los miembros de las Conferencias de los Martes debían dedicarle a la oración mental por lo menos media hora diaria; cf. SV X, 144. Así mismo, las Damas de la Caridad de la Corte (un grupo que incluían a la Reina y un pequeño número de mujeres escogidas por ella) debía dedicarle media hora diaria a la oración mental; cf. SV X, 963. Se estipulaba lo mismo para las Damas del Hotel-Dieu; cf. SV X, 967. En general, las Reglas para las diferentes Confraternidades de la Caridad hablan sobre varias “oraciones” y la asistencia a Misa, en lugar de dedicarle tiempo a la oración.

¹⁰ SV IX, 95 (en inglés).

hace perder la hora asignada para conversar con el Señor, nuestro apoyo y nuestro todo!"¹¹.

Entonces, amarra el argumento cuando añade: "La pereza ha hecho salir a muchos que, al no poder dormir a su gusto, no podían aficionarse a su estado. Es imposible ir con gusto a la oración, si uno se levanta de mala gana; es imposible meditar útilmente, si uno está en la iglesia solamente a medias y por cumplir. Por el contrario, los que madrugan de buena gana suelen perseverar, no caen en la desidia y progresan fácilmente. La gracia de la vocación depende de la oración, y la gracia de la oración depende del levantarse".

Advierte sobre nombrar superior o director del seminario a alguien que no se levanta temprano: "*Los que no se mostraban fieles, sobre todo al levantarse por la mañana y hacer su oración en el lugar y a la hora de los demás, aunque tuviera por otra parte mucho talento y capacidad para gobernar, no eran los más adecuados para ser superiores de las casas ni directores de los seminarios*"¹².

También se mostraba preocupado sobre la calidad de la oración oral de los miembros, particularmente en el rezo del Oficio Divino, que debía orarse *digne, attente y devote*. En una conferencia memorable del 26 de septiembre de 1659, le dice a sus cohermanos en la Congregación de la Misión, citando a San Juan Crisóstomo, que Dios prefiere el ladrido de los perros a la oración de alguien que solo recita palabras. "*Si, el que se pone a rezar el oficio divino con negligencia tiene que considerarse como un perro, ya que, estando dotado de razón, se porta en una acción tan santa de una forma más que animal*"¹³.

3. Humilde, sencillo y caritativo

Estas tres virtudes caracterizarían a toda Hija de la Caridad. También debían jugar un rol esencial en la vida de los miembros de la Congregación de la Misión.

¿Hay alguna otra virtud sobre la cuál San Vicente habla más elocuentemente que la humildad? Sería difícil asignarle una mejor posición de la que él le da en las Reglas Comunes de la Congregación de la Misión. "*Es la fundación de toda perfección evangélica, el corazón de toda la vida espiritual*"¹⁴. Enfatiza su importancia repetidamente en cartas y conferencias. Vicente dice con fuerza que no podremos perseverar individual y colectivamente sin humildad¹⁵. Sus palabras tanto para las Hijas como para los Vicentinos son memorables:

¹¹ SV III, 493-494.

¹² SV XI, 777.

¹³ SV XI, 607.

¹⁴ RC II, 7.

¹⁵ SV I, 528; X, 530-535; XI, 494-495.

- *“Esta ruin compañía, que es la última de todas, sólo tiene que tener su fundamento en la humildad, como en su virtud propia; si no, nunca haremos nada que valga la pena...”*¹⁶.
- *“Concedéndonos a todos la gracia de obrar de esta manera, para que la humildad sea la virtud de la Misión. ¡Qué virtud tan santa y tan hermosa! ¡Oh, pequeña compañía, que amable serás si Dios te concede esta gracia!”*¹⁷.
- *“¡La Humildad! Que sea esta nuestra contraseña”*¹⁸.
- *“Sí... Dios se goza tanto en esto, que hasta se puede decir que su mayor contento es darse a conocer a los humildes. ¡Hermosas palabras de Jesucristo, que nos demuestran que no es en el Louvre y entre los príncipes donde Dios pone sus delicias! Lo dice en un lugar de la Escritura: ‘Padre mío, te alabo y te doy gracias porque has ocultado tus misterios a los grandes del mundo y se los has manifestado a los humildes’”*¹⁹.

Queda claro que Vicente ve la humildad, la sencillez y la caridad como indispensables para la continuidad de la existencia de las comunidades que él fundó. Le dice a las Hijas de la Caridad: *“El espíritu de vuestra Compañía consiste en tres cosas: amar a nuestro Señor y servirle con espíritu de humildad y sencillez. Mientras reinen en vosotras la caridad, la humildad y la sencillez, se podrá decir: ‘Todavía vive la Compañía de la Caridad; pero cuando dejen de verse estas virtudes, se podrá decir: ‘la pobre Caridad se ha muerto’. Una Hija de la Caridad que no tiene humildad ni caridad está muerta, porque carece de espíritu; es como aquel a quien le dice el ángel en la Sagrada Escritura: ‘Estás muerto, porque no tienes caridad que es la vida del alma’. Lo mismo que el alma es la vida del cuerpo, el día en que la caridad, la humildad y la sencillez dejen de verse en la Compañía, la pobre Caridad estará muerta; sí, estará muerta”*²⁰.

Vicente advierte en particular sobre la envidia. Contrastándola con la humildad, dice que es un enemigo mortal en la vida comunitaria. La persona humilde, viendo todo como un regalo, evita comparaciones envidiosas. Él o ella recibe la vida con gratitud, dejando el juicio al Señor, tal como lo exhorta frecuentemente el evangelio.²¹ La persona orgullosa ama las comparaciones y permanece inquieta mientras haya alguna persona que pareciera recibir más atención. Vicente habla sobre este tema de manera elocuente:

¹⁶ SV XI, 745.

¹⁷ SV XI, 489.

¹⁸ SV XI, 491.

¹⁹ SV IX, 367.

²⁰ SV IX, 536.

²¹ Cf. Mt 7,1-5.

“Así pues, procurad hacer os dignas del nombre que lleváis, para que no se diga de vosotras lo que se dijo de aquel hombre: ‘Llevas un nombre de vida, dice el Apocalipsis, pero estás muerto; llevas un nombre de caridad, pero eres un hombre que no tiene caridad’. Del mismo modo, vosotras sois Hijas de la Caridad, lleváis ese hermoso nombre, ¡y sentís odio a vuestras hermanas! Lo lleváis en vano, puesto que la caridad no tolera el odio. Pues bien, notaréis que las faltas contra la caridad nacen a veces de la envidia, como dice la Regla, y la envidia nace del orgullo”²².

“Me parece que no he visto nunca algún desorden de ninguna casa religiosa, a no ser por la envidia y por los celos. Pues bien, si en algún sitio hemos de temer la envidia, es entre nosotros, ya que podría ser como la corrupción de la Compañía. Cuando hay un fruto podrido y corrompido, no sirve para nada; lo mismo pasaría si la envidia se colase entre vosotras; vuestra Compañía se vendría bien pronto abajo, Hermanas mías, ¿podría caer sobre las Hijas de la Caridad una desgracia mayor que los celos, que son la causa de tanta desunión? ¿Qué bien puede haber donde hay división? Estad seguras de que, si la envidia entrase en vuestra Compañía, se derrumbaría esa Compañía”²³.

“¿Y cómo es eso? Porque ustedes son Hijas de la Caridad, hijas del amor de Dios... no es el hábito que llevas puesto que te hace Hija de la Caridad, es el hábito interior del alma”.

4. La práctica del voto y la virtud de la pobreza

Hoy, donde en un sinnúmero de lugares estamos económicamente bien, es reconfortante escuchar las palabras de Vicente sobre la importancia de la virtud y el voto de la pobreza. En las Reglas Comunes de la Congregación de la Misión. Escribe: “Todos debemos reconocer que ella (la pobreza) será el muro inexpugnable mediante el cual y con la asistencia de la divina gracia, la Congregación vivirá perpetuamente”²⁴. Luego explica:

“La pobreza es lo que nos debe mantener. ¿Qué pasaría con la Compañía si llegara a introducirse en ella el apego a los bienes del mundo? ¿En qué se convertiría? Los santos dicen que la pobreza es el nudo de las religiones. Nosotros no somos religiosos... pero se puede decir que la pobreza es el nudo de las comunidades, y sobre todo de la nuestra, ¡que la necesita más que las otras!”²⁵.

²² SV XI, 1020.

²³ SV IX, 629.

²⁴ CR III, 1.

²⁵ SV XI, 138.

Le dice a los cohermanos: *“La pobreza es el fundamento de esta Congregación de la Misión”*²⁶. Luego en otra conferencia, añade con un lenguaje más fuerte: *“¡Desgraciado, si, desgraciado el misionero que quiera apearse a los bienes perecederos de esta vida!... entonces habrá que decir adiós a todos los ejercicios de la Misión y a la Misión misma, pues dejará de existir. No hay más que repasar la historia para ver una infinidad de ejemplos de cómo las riquezas y la abundancia de bienes temporales han causado la pérdida, no sólo de muchas personas eclesiales, sino también de comunidades u de órdenes enteras, por no haber sido fieles a su primer espíritu de pobreza”*²⁷.

‘Lo esencial’ para Vicente era que los bienes materiales no son “nuestros”, pero se nos han encargado y *“vivimos del patrimonio de Jesucristo, del sudor de los pobres”*²⁸. Es importante notar lo fuerte que son sus palabras: ¡*Au revoir* a la Congregación de la Misión si nos apegamos a los bienes materiales!

5. Mortificarnos al llevar adelante nuestra misión

Hoy, en una era en que tantos buscan gratificación inmediata, la gente poco habla de la mortificación. Pero San Vicente tomó seriamente el repetido imperativo del Nuevo Testamento de negarse a si mismo. En sus conferencias presenta instrucciones detalladas sobre la mortificación, en particular a las Hijas de la Caridad. En las Reglas Comunes de la Congregación de la Misión, nos dice con toda claridad²⁹:

“Cristo dijo: El que quiera venir en pos de mi, niéguese a si mismo y lleve su cruz todos los días; y habiendo añadido San Pablo, de conformidad con las mismas palabras de Jesucristo: Si viviereis según la carne, moriréis; pero si por medio del espíritu mortificáis las obras de la carne, viviréis; todos se dedicarán con sumo cuidado a negar su propia voluntad y su propio juicio y a mortificar todos sus sentidos”.

Vicente vio la autonegación como absolutamente necesaria para aquellos que sirven a los pobres en circunstancias difíciles; la conectó con la perseverancia. También dijo que la mortificación y la oración eran hermanas que caminaban agarradas de la mano y nunca se les encontraba una sin la otra. *“La mortificación va primero y la oración la sigue; de forma, mis queridas hijas, que si queréis ser mujeres de oración, como necesitáis, tenéis que aprender a mortificaros”*³⁰.

²⁶ SV XI, 772.

²⁷ SV XI, 773.

²⁸ SV XI, 121.

²⁹ CR II, 8.

³⁰ SV IX, 391.

En cuatro contextos diferentes, él hace pronunciamientos dramáticos sobre lo que sucedería si dejamos de negarnos nosotros mismos. ¡Nuestra falta de mortificación sería fatal! Nos advierte sobre:

a) *El apego*

Desde su experiencia, Vicente estaba convencido de que el apego, en sus formas diferentes, le roba a sacerdotes, hermanos y hermanas la libertad que necesitan para ser siervos fieles de los pobres. Aquellos apegados a su familia o amigos quedan paralizados. Aquellos apegados al confort o a cosas materiales encuentran el servicio a los pobres demasiado difícil. Aquellos apegados a su propia voluntad son incapaces de vivir en paz en la comunidad.

Le dice a las Hijas de la Caridad que el apego es letal. *“Quiero creer que las que están apegadas de ese modo disimularán que están contentas con las demás y resistirán algún tiempo, pero no podrán permanecer mucho en la Compañía, que no puede soportar miembros estropeados y corrompidos”*³¹.

Tomando la táctica opuesta cuando le habla a los miembros de la Congregación de la Misión, dice: *“Hagamos la intención hoy, y comencemos mañana, a combatir nuestras satisfacciones y apegos uno por uno. No duden, mis queridos cohermanos, no duden que, si son fieles, Nuestro Señor los ayudará a tener éxito; así, de ser esclavos a sí mismos y a cosas que nos gustan fuera de Dios, obtendremos la libertad de Sus hijos, sujetos solamente a la Voluntad de Su Padre Celestial...”*.

*“Los hombres indiferentes están por encima de toda ley; son de una categoría distinta de los demás y, lo mismo los cuerpos gloriosos, pasan a través de todo, van a todas partes, sin que nada les impida ni les retrase. ¡Oh, Salvador, qué felices seríamos si estuviésemos tan desprendidos como las bestias de carga, lo mismo que tú, Señor, que te quisiste comparar con un jumento, para hacer tuya la disponibilidad del espíritu más grande que imaginarse se pueda! Concédenos al menos la gracia de participar de esa disposición; así te lo suplicamos, libertador nuestro, con la confianza de que jamás perderemos con ello nuestra libertad y permaneceremos firmes en el ejercicio de la santa indiferencia. Siempre tendremos esta virtud en nuestro entendimiento y en nuestra voluntad, en donde no entrará nada que pueda separarnos de ejecutar todo lo que tú ordenes. Y al obrar así, tú nos tomarás de la mano y nos harás cumplir tu voluntad, hasta conducirnos a la gloria. Amén”*³².

³¹ SV IX, 778.

³² SV XI, 537.

b) *Beber excesivamente*

En una conferencia enfocada en el abuso del alcohol, Vicente nos cuenta la historia de un cohermano que había dejado la Congregación de la Misión: *“Un cierto sacerdote de la Compañía se salió y fue a ver un [Obispo] y le dijo, ‘soy un Misionero’. ‘Sí, contestó este [Prelado], tú eres un Misionero. ¡Excelente! Me encanta eso. Pero comenzaremos por darte una cierta parroquia para que la administres; entonces, después de eso... y miren como termina en ese estado ruín que les acabo de mencionar”*.

“Me viene a la mente otra persona, que calló en el habito de tomar... Y como podrá ayudar a otra gente pobre del campo a salir de ese mal”³³.

c) *El deseo de tener un trato especial*

Vicente quería que los miembros de las dos Compañías fundadas por él evitaran privilegios y la búsqueda de excepciones a la norma común. Sentía que las normas de ambas Compañías se habían formulado después de un periodo largo de experimento y consulta, que servían para el bien común de los miembros, y que impulsaban su dedicación a la Misión. Por esta razón, quería que observaran las Reglas, a menos que el sentido común indicara algo diferente.

Utilizó un lenguaje fuerte cuando le habló a las Hijas de la Caridad sobre el tema. Les advierte en cuanto querer ser tratadas “como damas” cuando se enfermaban.

“Cuando una Hija de la Caridad es verdaderamente Hija de la Caridad cuando está sana, lo será también cuando esté enferma. Por eso se sentirá muy contenta de verse servida lo mismo que los pobres enfermos. Deja de ser hija de la Caridad si, al caer enferma, desea verse tratada con delicadeza. ¿Qué es lo que dais a los pobres a quienes servís? Huevos y caldo. Cuando se os trata de esta forma, sois iguales a vuestros amos, y eso es todo lo que se os puede conceder. Cuando se ponen algo mejor, les dais ya carne y pan; ¿y quieres perdiz, chocha y otras carnes delicadas? No es ésa vuestra condición; eso está para las damas. Las Hijas de la Caridad deben ser tratadas con sencillez, ya que pertenecís a una Compañía pobre. Realmente, hermanas mías, si estuviéramos en nuestra casa, ¿nos tratarían así? ¿Tendríamos tantos mimos? Os pongo a vosotras mismas como testigos y estoy seguro que lo reconoceréis así. Sin embargo, por ser Hijas de la Caridad, a veces las damas os quieren tratar como a una dama y se es-

³³ SV XI, 357. Coste, como muchas veces hacía con casos que consideraba penosos, omite los ejemplos que Vicente utilizó como los de arriba. Estos pueden encontrarse en la traducción al inglés en el tomo XII, pp. 39-41. En la versión en Español no se encuentran estas páginas.

*meran tanto en atender a la hija de la Caridad que está enferma en su parroquia como si fuera una dama. Pero las que lo toleren están muy lejos de su obligación; tienen que decirles: 'Señora, esto no les va bien a unas pobres mujeres como nosotras; permita que sigamos nuestras costumbres'"*³⁴.

d) *Vanidades, ¿como tener el pelo largo!*

Abelly, el primer biógrafo de Vicente, menciona el énfasis en levantarse temprano como un medio fiel para la oración y para preservar la vocación. Pero, inmediatamente después de esto, añade algo que hoy podría hacernos intercambiar miradas.

*En otra ocasión él (Vicente) dijo, "He notado que muchos de los que han perdido su vocación han fallado en dos cosas. La primera es el levantarse temprano en la mañana, lo cual no han cumplido con fidelidad, y la segunda es la apariencia de su pelo, el que han dejado crecer demasiado largo, y parece que esto lleva a otras vanidades similares." Relacionado a esto, quería que todos los sacerdotes de la Congregación llevaran su pelo corto. Cuando se encontraba con alguien cuyo pelo caía por debajo del cuello, alcanzaba una mecha, la halaba un poco, mientras sonreía, pero dejándole saber que prefería que se lo cortara"*³⁵.

Como es evidente a los lectores, cosas como el largo y estilo del cabello son culturalmente condicionadas. Sólo tenemos que ver la cantidad de pinturas de Jesús con cabello largo para reconocer que dentro de algunas culturas esta era la norma. Tiempo y lugar hace la diferencia. Interesante, hoy un sobrino mío en una secundaria católica en Nueva York debe observar una regla como la de Vicente; su cabello no debe caer más abajo del cuello de la camisa. En contraste cuando yo estaba en secundaria en una escuela católica, también en Nueva York, hace más de 55 años, se nos prohibía ¡llevar el cabello demasiado corto!

En todo caso, el punto para Vicente es *la vanidad*. El largo del cabello es un ejemplo de cómo la vanidad aparece entre algunos miembros de la Misión en Francia a mitad del siglo XVII. ¿Cómo aparece la vanidad entre nosotros hoy en algunos países en la segunda década del siglo XXI?

³⁴ SV IX, 922-923.

³⁵ ABELLY, 3.24.1.

6. Obediente, guardando las Reglas

En la espiritualidad contemporánea, las reglas juegan un papel mucho más modesto que tenían en los tiempos de Vicente y Luisa, pero es importante notar que tanto Luisa como Vicente estaban totalmente convencidos de que las Reglas que escribieron eran esenciales para ambas fundaciones y el futuro de la Congregación de la Misión y de la Compañía de las Hijas de la Caridad.

Luisa y Vicente sabían muy bien que el Espíritu era más importante que la regla (punto que nuestra cultura actual enfatiza), pero previeron que las Reglas (o lo que a veces llamaron Constituciones) transmitirían a las generaciones futuras las verdades esenciales sobre las cuales sus vidas debían fundamentarse. De forma análoga en la manera que las escrituras comunican la revelación del Señor, o un credo expresa la fe de la comunidad Cristiana, las Reglas que Vicente y Luisa escribieron transmiten lo que es el corazón del carisma, el espíritu, la misión, la vida comunitaria, y la espiritualidad de sus Compañías.

Así que, ellos enfatizaron la fidelidad a las Reglas o Constituciones. Durante una repetición de oración, Vicente le dijo a las Hijas de la Caridad: *“Dice usted bien, hermana; la Compañía es como el mar, que no puede sostener un cuerpo muerto; es preciso que lo rechace, porque es incapaz de sufrir la corrupción. Si en una Compañía alguna quiere vivir su propia vida, esto es, seguir su propia voluntad, está muerta y la Compañía no la puede tolerar; Dios y el ángel de la Compañía la echará fuera; esa es la piedra de toque”*³⁶.

Vicente sostuvo un diálogo tierno con las hermanas con relación a esto en una conferencia sobre “La Preservación de la Compañía” el 25 de mayo de 1654³⁷:

“¿Y usted, Hermana? ¿Qué es lo que podría arruinar a la Compañía?”.

“Padre, La Compañía se arruinaría si las hermanas no fuesen fieles en la observancia de las reglas”.

“Bien dicho, hija mía; es que la falta de fidelidad en la observancia de las reglas es un desprecio de las cosas santas, ya que vuestras reglas son santas, y aquello a lo que tienden es santo; os ayudan no sólo a servir bien a los pobres, sino también a perfeccionaros a vosotras mismas. Entonces, cuando las descuidáis o las menospreciáis, se puede decir adiós a la Compañía; y aunque no llegara a aniquilarse, al parecer, no sería más que una corteza y nada más; se parecerá a esos árboles que están muertos, pero que a pesar de ello no dejan de mostrar su corteza verde”.

³⁶ SV IX, 581.

³⁷ SV IX, 619.

“En otra ocasión dice: *“Un motivo que nos obliga a la obediencia es que sin ella no podéis perseverar en vuestra vocación; apenas desapareciera la obediencia de entre vosotras, adiós a la pobre Caridad, estaría muerta”*³⁸.

¡*Au revoir* a la Congregación de la Misión! ¡*Au revoir* a las Hijas de la Caridad! Está claro con la profundidad en que el envejecido Vicente temía el final de sus dos Compañías. Con que intensidad quería que fueran fieles a su Misión. Con que fuerza las urgía para que fueran fieles a la oración diaria y al levantarse temprano para orar. Con que emoción las exhortaba a ser humildes, sencillas y caritativas y a vivir el voto y la virtud de la pobreza. Con que elocuencia las llamó para negarse a si mismas por el bien de la Misión y a vivir en obediencia, dispuestas a ir a cualquier lugar en el servicio de los pobres mientras se vivía gozosamente el camino de vida delineado en las Constituciones.

Por un lado, podemos regocijarnos hoy que, contrario a sus temores, ambas Compañías siguen bien vivas. Por otro lado, las palabras fuertes de Vicente nos recuerdan que la fidelidad renovada a la misión y a la espiritualidad que el nos legó es crucial para la futura vitalidad de ambas Compañías.

Como dice Thomas Stearns Eliot³⁹:

*No cesaremos en nuestra exploración
Y el final de toda nuestra exploración
Será llegar donde comenzamos
Y conocer el lugar por primera vez.*

³⁸ SV IX, 711-712. Para ilustrar este punto, Vicente regresa a temas favoritos como el murmullo y el apego.

“Pero mientras siga en pie esta santa práctica en la Compañía, todo irá bien. Y una señal para conocer si una hermana tiene la virtud de la obediencia, es que no tiene repugnancia en hacer lo que le ordenan los superiores, que está dispuesta a ir a cualquier parte, a volver cuando se le dice, que no está apegada a lo que hace cuando se le manda dejarlo. Ese es una verdadera señal. Pero criticar lo que dicen los superiores, murmurar de sus decisiones, decir que una cosa está mal ordenada, esa es una señal de desobediencia”.

“Hermana, ¿qué señales hay del vicio contrario a esta virtud?”.

“Padre, creo que el tener apego a nuestra propia voluntad es lo que nos impide seguir la de Dios y la de los superiores.

Bien dicho hija mía. El apego a la propia voluntad. Me dicen que vaya aquí o allá, pero estoy tan apegado a mi voluntad que no quiero ir; me prohíben hacer tal cosa, y yo me empeño en hacerla por creer que esa prohibición no es justa. Cuando se llega a ese punto, viene la ruina de las comunidades”.

³⁹ “Little Gidding” V.